

NEW LEFT REVIEW 84

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO - FEBRERO 2014

| | | |
|-------------------|--------------------------------------|----|
| LENA LAVINAS | La asistencia social en el siglo XXI | 7 |
| GABRIEL PITERBERG | Sobre el eurocionismo | 49 |

ENTREVISTA

| | | |
|----------------|--------------------------------------|----|
| OUSMANE SIDIBE | La crisis de Malí vista desde dentro | 74 |
|----------------|--------------------------------------|----|

ARTÍCULOS

| | | |
|-----------------|-------------------------------------|-----|
| KRISTIN SURAK | <i>Gastarbeiter</i> : una taxonomía | 93 |
| FRANCO MORETTI | «Operacionalizar» | 115 |
| VALERY PODOROGA | Los planes de Dostoyevski | 133 |

CRÍTICA

| | | |
|------------------|-------------------------|-----|
| JAN BREMAN | Un concepto espurio | 143 |
| EMILIE BICKERTON | Planeta Malaquais | 153 |
| TOM MERTENS | El <i>crash</i> de 1837 | 169 |

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador–IAEN,

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE



traficantes de sueños

KRISTIN SURAK

GASTARBEITER:

UNA TAXONOMÍA

HACE POCO MÁS de un siglo Max Weber pronunció, con apenas más de treinta años, su primera lección en la cátedra recién alcanzada en la Universidad de Friburgo, invitando a la audiencia en una intervención muy cargada políticamente a seguirle hacia las fronteras orientales del Reich, donde los *junkers* recurrían a trabajadores estacionales polacos –gente con «niveles de vida físicos e intelectuales inferiores»–, para trabajar en sus campos remolacheros. Aquellas «tropas de nómadas reclutados por agentes en Rusia, que en primavera cruzan la frontera por decenas de miles para volver a su lugar de origen en otoño», le parecían deseables, «porque al emplearlas se puede ahorrar en el alojamiento de los trabajadores, en impuestos para la protección de los pobres y en obligaciones sociales, y además su situación precaria como extranjeros los pone en manos de los terratenientes». Sin embargo, esas «colonias inviábiles de esclavos hambrientos» apuntalaban un anticuado sistema de producción, intensivo en trabajo, y representaban esencialmente un «efecto colateral de los estertores agónicos del viejo dominio de los *junkers sobre Prusia*». El neófito Weber proseguía instando a la audiencia a «proteger a la raza alemana en el este del país, [para lo que] la política económica del Estado debería afrontar el reto de defenderla»¹.

Un siglo después, aquel estilo de chovinismo racial expresado tan descaradamente por Weber ha quedado anticuado, pero no las cuestiones fundamentales que planteaba: la preferencia de los patronos por los trabajadores inmigrantes temporales como fuerza de trabajo barata y

¹ Max Weber, «The Nation State and Economic Policy», en M. Weber, *Political Writings*, Cambridge, 1994, pp. 1-28. Trad. propia.

explotable, por las redes de intermediarios que los canalizan a través de las fronteras, por los temores de que tales trabajadores apuntalen sectores productivos anticuados o dificulten la modernización económica, y –quizá especialmente– la preocupación por la degradación de la nación debida a la presencia de los trabajadores extranjeros. Después de la Segunda Guerra Mundial los alemanes ya no hablaban de «tropas de nómadas» sino de *Gastarbeiter* [«trabajadores invitados»], una versión eufemística de los términos nazis *Fremdarbeiter* [trabajador extranjero]. Pero el fenómeno es mucho más amplio. Hoy día existen programas de trabajadores inmigrantes temporales en más de cincuenta países: planes organizados por el Estado para la importación de trabajadores extranjeros, admitidos durante un periodo limitado de trabajo y a los que no se ofrecen apenas opciones para cambiar de estatus. Aun así, la ubicuidad de tales planes ha suscitado pocos análisis comparativos. Hay muchas investigaciones de cada programa individual, con pequeños estudios que comparan dos o tres casos, pero todavía está por ser examinada su evolución durante el siglo xx y a escala de todo el planeta².

En la exploración inicial de ese terreno nos pueden guiar cinco cuestiones. Primera: ¿qué lugar han ocupado los trabajadores invitados en los flujos globales de mano de obra emigrada desde finales del siglo xix? Segunda: ¿en qué reside la especificidad de los programas de trabajadores invitados? Tercera: ¿cuáles son las contradicciones que se pueden considerar –al igual que en gran parte de la vida social– inherentes a esos flujos? Cuarta: ¿qué tipología podemos emplear para entenderlos? Y quinta: ¿Hacia dónde evolucionan?

¿Migrantes o trabajadores invitados?

En 2010 las Naciones Unidas estimaban unos 214 millones de migrantes internacionales en el mundo, de los que alrededor de la mitad eran trabajadores migrantes. De estos últimos, alrededor de 20 millones eran trabajadores invitados, esto es, un número ligeramente mayor que

² Dos excepciones a la regla de la comparación de pocos casos son Cindy Hahamovitch, «Creating Perfect Immigrants: Guestworkers of the World in Historical Perspective», *Labour History*, vol. 44, núm. 1, 2003, que ofrece un amplio panorama histórico pero evita cualquier tipo de conclusiones analíticas, y Martin Ruhs, *The Price of Rights: Regulating International Labour Migration*, Princeton, 2013, que contrasta diversas hipótesis sobre la relación entre los derechos de los inmigrantes y los parámetros de los programas de migración de mano de obra, ampliamente definidos en general, pero que limita sus análisis al presente.

el de refugiados, según las estimaciones de la ONU³. Aunque no sea una proporción insignificante, ese 20 por 100 sigue siendo claramente una minoría, por lo que parece lógico suponer que los programas de trabajadores invitados constituyen un subconjunto bastante especializado y quizá en cierta medida atípico dentro del fenómeno más amplio de la migración de mano de obra a escala mundial.

Sin embargo, la distribución estadística entre los programas de trabajadores invitados y la mano de obra inmigrante oculta su relación estructural, que es la inversa. Lo que suele hacer a los inmigrantes económicamente deseables para los patronos –su maleabilidad sumisa como extranjeros marginales sin derechos, a cargo de las tareas más desagradables que los nativos rechazan– son precisamente las cualidades que los hacen indeseables con miembros de una sociedad⁴. Si tomamos esa paradoja como punto de partida para explorar las pautas de la migración desde la cristalización del Estado-nación moderno a finales del siglo XIX, cabría deducir que los programas de trabajadores invitados de un tipo u otro son, prácticamente por definición, su solución ideal: están destinados a ofrecer el primero de esos aspectos (mano de obra maleable) sin incurrir en el segundo (miembros no deseados). Vistos bajo esta luz, podrían considerarse no tanto como un subconjunto de la inmigración considerada más ampliamente, sino como la regla cuyas desviaciones habría que explicar. En concreto, los Estados-nación, como custodios del

³ Manolo Abella, «Policies and Best Practices for Management of Temporary Migration»: Ponencia presentada en el International Symposium on International Migration and Development, Secretariado de la ONU, Italia, 2006, pp. 4-6. Este trabajo ofrece detalles sobre las dificultades sustanciales para la definición y medición del número de trabajadores invitados a escala global. Una estimación aproximada basada en cifras reunidas por el centro Migration News de la Universidad de California en Davis, ofrece la cifra dada aquí. En 2008 la OCDE hablaba de 2,3 millones de trabajadores extranjeros temporales, a los que se podían añadir 1,6 millones en Singapur, Hong Kong y Taiwán. Los incipientes programas de trabajadores emigrantes temporales en otros lugares de Asia sudoriental –que en gran medida constituyen intentos gubernamentales de regular los flujos que ya se producen– incluyen alrededor de un millón de trabajadores invitados, respectivamente, en Tailandia e Indonesia. En lo alto de la escala se sitúan los países del Golfo Pérsico, con alrededor de 13 millones de trabajadores invitados.

⁴ Aristide Zolberg llamó la atención sobre esta paradoja en su extensa investigación histórica sobre el papel del Estado en la regulación de los flujos a través de las fronteras. Véase A. Zolberg, «Global Movements, Global Walls: Responses to Migration, 1885-1925», en Wang Gungwu (ed.), *Global History and Migrations*, Boulder, 1996, p. 294. Existen estadísticas mucho más detalladas, por supuesto, con respecto a los inmigrantes que ocupan puestos muy cualificados, incluyendo mayores derechos y posibilidades de residencia o ciudadanía permanente.

capital y la población, recurrirán en ciertos momentos de su desarrollo económico a los migrantes como mano de obra importada, tratando al mismo tiempo de repelerlos como intrusos permanentes.

Las desviaciones de esa norma se pueden clasificar entonces atendiendo a tres tipos de excepciones: la primera son las sociedades de asentamiento de colonos, donde la tierra es tan abundante y la mano de obra tan escasa que la inmigración es una condición obligatoria para construir el Estado-nación como tal. Los casos principales son Estados Unidos y los «dominios blancos» del imperio británico, Canadá, Australia y Nueva Zelanda, donde la población nativa fue barrida o exterminada durante la expansión occidental en ultramar. La segunda son los países donde las deficiencias demográficas generales amenazan con una escasez absoluta de mano de obra y/o una debilidad militar en un entorno estratégico competitivo, por lo que también en este caso se necesitan nuevos miembros a los que no se obliga a regresar a su lugar de origen. La Francia de la Tercera República, obsesionada por la derrota militar en la guerra franco-prusiana y por un inicio precoz de la transición demográfica, trató de superar su inferioridad numérica frente a Alemania acogiendo inmigrantes para que trabajaran en su industria pesada. Los imperios coloniales constituían un tercer tipo de excepción: los inmigrantes podían llegar a la metrópoli con derechos sustanciales, como cuasi connacionales o súbditos de la Corona en ultramar, sin obligación de regresar; la inmigración colonial de posguerra en Gran Bretaña, Francia y los Países Bajos, o la migración desde Corea a Japón antes de la guerra, son casos notables a considerar. Por supuesto, en esos tres tipos de excepciones a la regla han existido también programas de trabajadores invitados, pero su importancia ha sido mucho menor.

La entrada en escena del Estado

Si bien los trabajadores invitados son extranjeros sin garantía de residencia permanente en el país que hace uso de ellos, constituyen no obstante un tipo muy específico de inmigrante temporal, como se evidencia observando la pauta típica de su empleo durante gran parte del siglo XIX. La expansión de la producción capitalista en aquella época y después —expuesta tan vívidamente por Marx— y después, dependía de los enormes depósitos de trabajadores —«ejércitos industriales de reserva»— existentes en los márgenes de las economías metropolitanas, necesarias para asegurar la flexibilidad de los costes de producción, presionar a la baja sobre los salarios en los repuntes del ciclo económico

y reducir las nóminas en las contrataciones⁵. En la Inglaterra victoriana eran los irlandeses quienes constituían esa reserva, pero en las zonas todavía periféricas de un mercado mundial en expansión, especialmente allí donde predominaban economías de plantación, a menudo había que importar migrantes desde lugares mucho más distantes para trabajar los campos y como depósito de reserva de la mano de obra.

Esa demanda dio lugar al llamado comercio de culis, creado a raíz de la abolición de la esclavitud. En él era el capital privado el que organizaba los flujos de mano de obra, mientras que las autoridades públicas desempeñaban como mucho un papel regulador. Las redes de empresas comerciales e intermediarios llenaban los buques con cargamento humano en Guangzhou, Madrás y Calcuta, desde donde lo trasladaban a las Indias Occidentales, Norteamérica, el sudeste de Asia y las colonias británicas en África. La dependencia imperial de la mano de obra sometida a servidumbre por deudas para hacer funcionar las minas y plantaciones del sudeste de Asia se iba a mantener hasta la primera mitad del siglo xx, gestionada por intermediarios y patronos que simplemente renovaban los contratos si la deuda no había sido saldada. Los Estados, durante aquel período, no habían establecido todavía una infraestructura de supervisión y vigilancia, y los regímenes formales de inmigración eran mínimos. La idea de la inmigración ilegal –que más tarde se iba a convertir en una cuestión política central– tenía aún escaso significado.

Aquel sistema relativamente abierto, impulsado por la dinámica de la acumulación primitiva en la periferia, iba a comenzar a modificarse en torno al cambio de siglo. El declive económico de las plantaciones, al que se añadían las restricciones impuestas gradualmente a los contratos de trabajo servil, llevó consigo el del comercio de culis, al tiempo que las sociedades metropolitanas comenzaban a ejercer un mayor control sobre sus propias fronteras. La mano de obra inmigrante temporal todavía seguía siendo necesaria, pero –en un cambio decisivo– iba a comenzar a ser organizada y supervisada por el Estado. El *laissez-faire* dio paso a la regulación. La demanda patronal de mano de obra fácilmente explotable, aunque constituye una constante en el capitalismo, no explica por sí sola la necesidad de trabajadores invitados. Es el Estado el que los crea, regulando el paso de sus fronteras y asegurando la transitoriedad de su permanencia.

⁵ Karl Marx, *El capital*, vol. I, cap. XXIII, sec. 3 [«Producción progresiva de una sobrepoblación relativa o ejército industrial de reserva»].

La protección estatal, tanto de la economía como de la nación, es el motor dual que impulsa los planes modernos de «invitación», esto es, de importación temporal regulada, de trabajadores de otros países. El Estado puede supervisar la afluencia de trabajadores baratos y flexibles requeridos por el capital, pero rara vez puede permitirse tratar del mismo modo a la gente en cuyo nombre gobierna. Los extranjeros son reducidos más fácilmente a mera fuerza de trabajo. Para maximizar la utilidad del rendimiento económico y minimizar el coste social, se puede controlar su entrada y salida y se pueden restringir las opciones de empleo: estas son tareas y funciones que suele asumir el Estado una vez que dispone de un aparato burocrático con capacidad para supervisar el régimen de inmigración; esas funciones se hacen urgentes en cuanto los trabajadores se convierten en votantes, los sindicatos presionan sobre el mercado laboral y comienza el abastecimiento de servicios de bienestar público.

El caso alemán es emblemático de esa evolución. El crecimiento económico transformó la emigración en masa desde Alemania a Norteamérica a mediados del siglo XIX en inmigración masiva, complementada por importaciones de mano de obra —en particular desde regiones polacas—, a finales de siglo. En 1886 las campañas antipolacas de Bismarck cerraron durante un breve período la frontera oriental, pero la presión de los *junker* reabrió pronto las puertas bajo un acuerdo informal de que los trabajadores debían regresar a casa durante el invierno. Se pusieron límites a las áreas y sectores en los que podían trabajar los extranjeros, pero la supervisión y aplicación estaba desde el principio en manos de los patronos más que del gobierno; el Estado permanecía al margen, mientras que las fuerzas económicas canalizaban los flujos. Los intermediarios con redes muy profundamente introducidas en Rusia reclutaban trabajadores, mientras que las asociaciones patronales —no el Estado alemán o prusiano— emitían «tarjetas de legitimación laboral» y cobraban tasas a los inmigrantes para gestionar su regreso estacional. En 1913 había alrededor de 300.000 polacos cavando en las minas de la región del Ruhr, y cerca de un millón de trabajadores extranjeros en Prusia. La producción de remolacha azucarera dependía tanto de las «colonias de eslavos hambrientos» de Weber (constituían alrededor de dos terceras partes de la mano de obra agrícola prusiana) que, pese a las preocupaciones xenófobas, el gobierno de Berlín se mostraba reacio a regular por temor a dañar al sector⁶.

⁶ *Inter alia*: Knuth Dohse, *Ausländische Arbeiter und bürgerlicher Staat: Genese und Funktion von staatlicher Ausländerpolitik und Ausländerrecht*, Königstein, 1981, pp. 32-34; Imre Ferenczi, *Arbeitslosigkeit und die internationalen Arbeiterwanderungen*, Jena,

Esto no duró mucho. La Primera Guerra Mundial reconfiguró esos traslados masivos al reforzarse el control del Estado sobre la movilidad a través de las fronteras. La República de Weimar mantuvo el régimen de pasaportes y visados instaurado durante la guerra, estableció oficinas de reclutamiento oficiales en los países vecinos y creó agencias gubernamentales para regular el mercado laboral. Las reivindicaciones sindicales eran satisfechas mediante cuotas estatales sobre el número de extranjeros a los que se permitía trabajar en sectores específicos, ofreciendo visados únicamente si quedaba confirmada una escasez de mano de obra. Durante la época de la Gran Depresión los patronos tenían que solicitar permiso para contratar a trabajadores extranjeros, que hallaban grandes dificultades para renovar su visado después de cinco años y eran susceptibles de sanción si superaban el período de estancia concedido. Ése era el aspecto de la configuración de una transición general en las economías de Occidente durante aquel período. Los «trabajadores invitados» nacieron cuando ya no bastaba hablar de *Arbeitgeber* y *Arbeitnehmer*, y del *Arbeitsvermittler* privado que los ponía en contacto, sino que se introduce un participante adicional —el *Arbeitsausrichter*, el Estado— encargado de dirigir los flujos y salvaguardar la frontera entre nacionales y extranjeros.

Contradicciones

¿Cual es la dinámica característica entre las partes que constituyen los regímenes de trabajadores invitados? Para los patronos, los trabajadores invitados constituyen una conveniente reserva de mano de obra de la que se puede prescindir fácilmente y que ofrece la ventaja de presionar a la baja sobre los salarios. Los trabajadores migrantes aspiran generalmente a ahorrar una parte de lo que ganan, normalmente bastante más de lo que podrían en las regiones más pobres de las que provienen, a fin de obtener determinados objetivos, no invariables, a su vuelta a casa: una vivienda, una parcela de tierra, un pequeño negocio, escolarización para sus hijos... El intermediario que los conecta obtiene beneficios del comercio con mano de obra. El cálculo de intereses es más complejo para el Estado, que es a la vez guardián político del capital, con una participación vital en el desarrollo económico, y encarnación de la legitimidad nacional para la población en cuyo nombre gobierna. Los votantes y patronos pueden desear crecimiento económico, pero los ciudadanos quieren también

1913, pp. 72-74; Klaus Bade, «Labour, Migration and the State: Germany from the Late 19th Century to the Onset of the Great Depression», en K. Bade (ed.), *Population, Labour and Migration in 19th and 20th-Century Germany*, Hamburgo, 1987, pp. 59-86.

seguridad, tanto material como psicológica. Los puestos de trabajo estables, las subvenciones sociales y las identidades tradicionales les importan más que a los capitalistas. El Estado no se puede permitir ignorarlas, y los funcionarios pueden de hecho suscitar activamente ansiedades al respecto. Mientras que los patronos prefieren que sea la lógica de los ciclos económicos u otras las temporalidades económicas las que determinen los flujos, con poca rotación de la mano de obra, el Estado puede tener interés en evitar que el paso del tiempo y la aculturación vayan borrando los límites entre su población nativa y los «otros», que aunque contribuyan, a «nuestros» bienes colectivos, no deben beneficiarse indebidamente de ellos, y menos aún mancillar la pureza de la nación.

Las tensiones entre esas lógicas temporales, parcialmente solapadas pero nunca totalmente coincidentes, aparecen casi siempre mientras los programas de trabajadores invitados desarrollan su curso. Están sobredeterminadas a su vez por una tercera contradicción, más fundamental, la propulsión hacia adelante de los propios flujos migratorios. El intermediario que canaliza trabajadores a través de las fronteras lo hace casi siempre en busca de un beneficio, extraído de los patronos al inicio del flujo, cuando la demanda excede la oferta, y más tarde de los migrantes cuando las vías se desgastan o quedan colmadas y la oferta excede la demanda. Los migrantes que saldan sus deudas tratarán de extender su período de empleo hasta que puedan embolsarse algunos ahorros, mientras que el impacto de la migración sucesiva [reagrupamiento familiar] y las remesas enviadas a casa pueden elevar las pretensiones de ingresos que se han fijado. El resultado de esas tensiones, en ausencia de supervisión estatal, puede verse en el comercio de culis. La mayoría de ellos suscribía contratos por cinco años de trabajo más un viaje de regreso, pero en muchos casos éste se eludía. De los chinos reclutados para construir las vías férreas estadounidenses, recolectar algodón y trabajar en las minas, sólo la mitad regresaron, una tasa comparable a la de muchos migrantes europeos a América. Alrededor del 90 por 100 de los trabajadores indios enviados al Caribe permanecieron allí⁷.

Tipología de las formas

La dinámica en tres vías y las contradicciones a las que da lugar son propiedades formales de cualquier régimen de trabajadores invitados como

⁷ A. Zolberg, «Global Movements, Global Walls», cit., pp. 288, 291.

estructura abstracta; ¿pero cuáles son sus variantes concretas? Al repasar los programas que se han emprendido en distintas regiones del mundo, se pueden distinguir cinco tipos principales, basados en la localización y proporción de los «trabajadores invitados» en el seno del mercado de trabajo.

1. *Económicamente medular, aunque numéricamente exiguo*

Este tipo es representativo del que fue a la vez el pionero y más duradero de todos los programas de trabajadores invitados, que durante más de un siglo ha proporcionado la mayor parte de la mano de obra en el sector productivo clave de la economía sudafricana. En las minas de oro del Rand, descubiertas en 1886, la mano de obra disponible y barata transformó los que eran –en comparación con los niveles canadienses o australianos– depósitos de baja calidad y difíciles de extraer, en la piedra angular de la economía sudafricana. En 1897 el gobierno bóer del Transvaal firmó un acuerdo con Portugal que permitía a la Cámara de Minas importar mano de obra de Mozambique de forma rotatoria, sin que se produjeran pérdidas permanentes de población en las regiones de procedencia. Para aliviar la feroz competencia por la mano de obra, el tratado otorgaba formalmente a la Cámara de Minas la capacidad de establecer una agencia de contratación y una red de estaciones de reclutamiento y líneas de transporte, en particular más de 2.500 km de carreteras, que afectaban a prácticamente todo el entorno rural. Después de que Gran Bretaña se apoderara del Transvaal, el gobierno colonial mantuvo el acuerdo y negoció sucesivas modificaciones. Tras la proclamación de la República y el abandono de la Commonwealth en 1961, el gobierno de Pretoria mantuvo el sistema de tratados de importación de mano de obra, lo que iba a ahondar la dependencia económica de los países vecinos –Malawi, Botsuana y Lesotho, además de Mozambique– con respecto a las remesas enviadas a casa por los mineros temporales. Éstos, con técnicas copiadas de los campos de trabajo forzado para convictos, eran alojados en recintos cercados durante su estancia, normalmente un año o dos, con remesas obligatorias y condiciones de trabajo atroces⁸.

⁸ Jonathan Crush, «Migrations Past: An Historical Overview of Cross-Border Movement in Southern Africa», en David McDonald (ed.), *On Borders: Perspectives on International Migration in Southern Africa*, Nueva York, 2000, pp. 14–15; R. Mansell Prothero, «Foreign migrant labour for South Africa», *International Migration Review*, vol. 8, núm. 3, 1974, pp. 384–385.

Lo más sorprendente es el mantenimiento del sistema desde el final del *apartheid*, aunque la importancia del sector haya disminuido mucho. La reestructuración industrial durante la década de 1990 aumentó de hecho la necesidad de trabajadores invitados. La fuerza que podría haber puesto fin al sistema, el Sindicato Nacional de Mineros, estrecho aliado del Congreso Nacional Africano cuando éste tomó el poder, sólo ha pedido su reforma. En cuanto a la Cámara de Minas, no le resultó difícil persuadir al gobierno de que la economía sudafricana está demasiado expuesta y depende demasiado de las minas como para permitir una alteración del *statu quo*. La competencia entre los países de donde llegan los migrantes, entretanto, frustra los intentos de mejorar las condiciones de éstos en Sudáfrica, al procurar cada uno de ellos establecer tratos secretos para asegurar cuotas –y remesas– más altas, en lugar de tratar de mejorar la seguridad de sus ciudadanos. Los trabajadores invitados, al haber sido despedidos tres sudafricanos por cada minero extranjero, siguen constituyendo más de la mitad de la mano de obra en las minas, en un momento en que el desempleo juvenil en Sudáfrica ronda el 40 por 100. La continuidad excepcional de esta variante medular-minoritaria del fenómeno de los trabajadores invitados no ha suavizado su carácter salvajemente explotador, como nos recuerda la masacre de huelguistas en la mina de platino de Marikana en 2012⁹.

2. *Regional complementario*

Un segundo modelo es el que corresponde a los trabajadores invitados concentrados en un subsector regional de la fuerza de trabajo. También es ocupacionalmente selectivo, pero la dependencia económica general es menor. Un precursor de este modelo era el constituido por los polacos que se desplazaban a la agricultura prusiana en tiempos del *Kaiserreich*, pero su forma más acabada se dio en Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial: la movilización militar y el aumento de la producción industrial indujeron a los agricultores del Oeste a solicitar la importación de trabajadores estacionales para resolver la escasez de mano de obra en sus «fábricas en los campos». El gobierno estadounidense impuso a un reacio México un acuerdo bilateral para la importación de trabajadores invitados esgrimiendo quejas por la nacionalización de las compañías petroleras estadounidenses. El Estado mexicano presentó el programa a sus ciudadanos como un paso

⁹ Sobre la situación *posapartheid*, véase Jonathan Crush y Clarence Tshitereke, «Contesting Migrancy: The Foreign Labour Debate in Post-1994 South Africa», *Africa Today*, vol. 48, núm. 3, 2001, pp. 49-70.

hacia la modernización del país, arguyendo que los participantes adquirirían nuevas técnicas y equipo agrícola al servicio de la familia mexicana. En este caso, el gobierno estadounidense –y no, como en la Prusia de los *junker*, los terratenientes locales– se convirtió en patrono y garante formal de los derechos de los inmigrantes temporales bajo el Acuerdo Bracero de 1942¹⁰. Aunque debía expirar al cabo de cinco años, el programa resultó muy popular entre los patronos de California y Texas, que en 1947 habían reclutado más de 800.000 trabajadores temporales con contratos estacionales que excluían la posibilidad de la naturalización. La Guerra de Corea suscitó una renovación del programa, que iba a afectar a cerca de dos millones de braceros antes de expirar finalmente en 1964, en vísperas de una reforma general de la inmigración. En su lugar llegó el sistema de visados H-2 que permitía –bajo el control del Servicio de Inmigración y Naturalización y no del Departamento de Trabajo– reclutar trabajadores extranjeros no especializados con contratos temporales¹¹.

Tal como iba a suceder con otros planes de trabajadores invitados, el principal legado del Programa de Braceros fue el desarrollo no pretendido de la migración masiva irregular cruzando el Río Grande. Las tasas de los patronos asociados para contratar gente mediante aquel programa tenían como consecuencia que los mexicanos que entraban sin papeles seguían siendo la mano de obra más barata¹². Aunque es muy difícil de estimar el número de personas que eludían los controles formales, en 1948 trabajaban ilegalmente en Estados Unidos alrededor de 70.000 mexicanos, cifra que había aumentado en 1952 hasta un millón y medio. Al acabar la década habían sido detenidos más de 3,6 millones de inmigrantes mexicanos irregulares, más del doble que durante la década de 1940¹³.

¹⁰ Deborah Cohen, «Caught in the Middle: The Mexican State's Relationship with the United States and Its Own Citizen-Workers, 1942-1954», *Journal of American Ethnic History*, primavera de 2001, pp. 111-115.

¹¹ Kitty Cavalita, *Inside the State: The Bracero Program, Immigration and the ins*, Nueva York, 1992, ofrece el examen más detallado del ascenso y declive de ese plan.

¹² El gobierno estadounidense trató de poner freno a la entrada irregular «secando a los espaldas mojadas», esto es, haciendo pasar ceremonialmente por la frontera a los trabajadores detenidos sin papeles y dándoles documentos oficiales; pronto la mayoría de los braceros se acostumbraron a realizar ese viaje extra. En 1949 entraron por los canales formales 20.000 trabajadores invitados, y se regularizó después de su entrada el estatus de 87.000 espaldas mojadas: Philip Martin, *Promise Unfulfilled: Unions, Immigration and the Farm Workers*, Ithaca (NY), 2003, p. 47.

¹³ Philip Martin y Michael Teitelbaum, «The Mirage of Mexican Guest Workers», *Foreign Affairs*, noviembre-diciembre de 2001, p. 122.

Tales consecuencias no pretendidas no han saciado el apetito de mano de obra extranjera temporal en Washington, donde los planes ampliados de trabajadores invitados constituyen un componente clave de la reforma del régimen de inmigración que se viene discutiendo últimamente. El Senado ha aprobado ya un paquete que combinaría un «reforzamiento de la frontera», duplicando las barreras electrónicas y los agentes para mantener alejados a los no deseados, con la entrada de un mayor número de trabajadores temporales. La entrada anual de trabajadores invitados altamente cualificados aumentaría hasta 110.000; más controvertidamente, los trabajadores agrícolas podrían duplicarse hasta 120.000, estando por determinar la cifra final por una oficina de investigación de mercado financiada con tasas aportadas por los propios trabajadores invitados. Los republicanos de la Cámara han optado por un enfoque más fragmentado pero igualmente omnicompreensivo, con una serie de leyes parciales que garantizarían la entrada de hasta medio millón de trabajadores invitados, cada uno de los cuales estaría obligado a pasar dos meses al año de regreso en su país, con los salarios bloqueados para asegurarlos: el 10 por 100 de sus ingresos totales les sería retenido hasta el momento de su despedida. Cuál vaya a ser la versión que se acabe materializando es otra cuestión, dado el punto muerto actual en el Congreso.

3. *Nacional complementario*

Distinta de esa pauta, y superándola en importancia económica, está la variante nacional-complementaria de los programas de trabajadores invitados elaborados en el Viejo Mundo, donde la escasez de mano de obra era muy considerable después de la guerra. Los países con colonias importantes, como el Reino Unido, Francia y los Países Bajos, tenían escasa necesidad de buscar mano de obra en otros lugares (el pequeño programa francés de trabajadores invitados creado por la Oficina Nacional de Inmigración fue bastante ineficaz; el minúsculo programa británico expiró al cabo de cinco años). Los súbditos de sus posesiones de ultramar podían en cambio incorporarse al mercado laboral con algunos derechos establecidos semejantes a los de los nacionales, aunque esas puertas se fueron cerrando gradualmente a partir de la década de 1960, aprobándose planes de repatriación voluntaria durante la siguiente.

Pero fueron los países de lengua alemana, que no disponían de imperios coloniales semejantes al británico, el francés o el neerlandés, los que

recurrieron más intensamente a los programas de trabajadores invitados. Aunque Suiza y Austria tuvieron sus propias variantes, fue la República Federal Alemana la que estableció el principio a seguir¹⁴. Durante las décadas de 1950 y 1960 una serie de acuerdos bilaterales le permitieron disponer de trabajadores procedentes de Italia, Grecia, Yugoslavia y sobre todo Turquía. En muchos casos, países que sufrían altas tasas de desempleo unieron sus fuerzas a los patronos alemanes para organizar y promover esos programas, mientras que en la República Federal una burocracia estatal plenamente desarrollada, con oficinas en los países de procedencia, mediaba entre patronos y trabajadores. A principios de la década de 1970 había en la Alemania Occidental 2,5 millones de trabajadores extranjeros, en particular en la industria y los servicios, gracias a un sistema de trabajadores invitados a escala nacional. Mientras que en Estados Unidos el Programa Bracero nunca llegó, ni en su momento cumbre, a superar el 0,6 por 100 de la mano de obra, en Alemania Occidental los *Gastarbeiter*, que llegaron a alcanzar un máximo del 11 por 100, eran casi veinte veces más numerosos en términos relativos.

En un primer momento el «principio de rotación» por el que se ofrecía a los trabajadores contratos por uno o dos años, como en Sudáfrica, no era letra muerta. Alrededor del 75 por 100 del total de casi 19 millones de contratados de esa forma en la República Federal alemana regresaron a su país de origen¹⁵; pero una política que permitía a las empresas solicitar trabajadores por su nombre alentaba el empleo a largo plazo y a principios de la década de 1970 el sistema de rotación se había descompuesto: más de la mitad de los trabajadores invitados llevaban ya en el país más de seis años. El final del reclutamiento a raíz de la conmoción del petróleo en 1973 alentó su regreso a casa pero sin hacerla obligatoria, ya que entre tanto presiones convergentes habían aumentado los derechos de los migrantes: los tribunales limitaban las deportaciones; las protestas de los sindicatos, iglesias y organizaciones de caridad relajaban las restricciones al reagrupamiento familiar; el *Kindergeld* [subvención a las familias con hijos pequeños] se extendía a los recién llegados. El resultado fue el opuesto al que pretendían los planificadores: mientras que el tamaño de la mano de obra inmigrante se contraía, el de la

¹⁴ Sobre el desarrollo de programas de trabajadores invitados en Suiza, véase Hans-Joachim Hoffman-Nowotny, *Das Fremde in der Schweiz: Ergebnisse soziologischer Forschung*, Zurich, 2001.

¹⁵ Elmar Hönekopp, «Labour Migration to Germany from Central and Eastern Europe: Old and New Trends», *IAB Labour Market Research Topics* 23, 1997, p. 1.

población inmigrante crecía. Se puede calibrar lo lejos que quedaba ese resultado de cualquier consenso social a partir de las reverberaciones suscitadas por el temor y la ansiedad mostrados de un político socialdemócrata como Thilo Sarrazin sobre el riesgo de que Alemania se «deshaga», temor que Weber habría compartido. Suiza, con flujos de magnitud similar de trabajadores invitados, tampoco parece un arquetipo de integración.

4. *Sustancial mayoritario*

La convulsión del petróleo en 1973 que interrumpió los programas de trabajadores invitados en Europa supuso también el impulso decisivo para su despegue espectacular en Oriente próximo, en particular en los países del golfo –Arabia Saudí, Kuwait, Qatar, Baréin, los Emiratos Árabes Unidos, Omán–, donde las rentas del petróleo se triplicaron en un quinquenio. Allí, por primera vez en la historia, los trabajadores invitados se iban a convertir en una mano de obra no complementaria sino fundamental en la economía local. Antes de aquella fecha se estimaba que podía haber en los países del Golfo alrededor de un millón de trabajadores extranjeros; al cabo de dos años esa cifra se había triplicado. Aunque los autóctonos predominaban en la Administración pública y en las agencias estatales, los extranjeros suponían casi la totalidad del empleo en el sector privado. El tamaño de Arabia Saudí –con casi 30 millones de habitantes, su población es casi el doble de la de todos los demás países del golfo juntos– es tal que los trabajadores invitados suponen «solamente» la mitad de su fuerza de trabajo total, aunque representen el 80 por 100 del empleo en el sector privado. En los países del Golfo más pequeños, la dependencia de los trabajadores invitados alcanza proporciones de vértigo. En Omar y Baréin suponen el 75 por 100 de la mano de obra total y el 80 por 100 del empleo en el sector privado. En Kuwait, los Emiratos Árabes Unidos y Qatar, esas cifras se elevan al 85-95 por 100 de la fuerza de trabajo y casi al 100 por 100 de todo el empleo en el sector privado¹⁶.

¹⁶ Martin Baldwin-Edwards, haciendo un hábil uso de los escasos datos disponibles, ha presentado el panorama estadístico más claro de la migración laboral en los países del Golfo Pérsico: «Labour Immigration and Labour Markets in the GCC Countries: National Patterns and Trends», Kuwait Programme on Development, Governance and Globalization in the Gulf States, London School of Economics, marzo de 2011.

Durante la década de 1960 hubo incluso quien planteó la posibilidad de permitir la circulación libre de la mano de obra en la región, pero el tremendo crecimiento económico posterior trajo consigo un endurecimiento de las fronteras nacionales, y a mediados de la década de 1970 se cancelaron las exenciones de visados y las opciones de naturalización para los ciudadanos de otros países árabes. Mientras que países como Alemania y Suiza habían recurrido a «invitar» a trabajadores de países vecinos para facilitar su regreso, el temor a los llamamientos panarabistas en pro de compartir la riqueza del petróleo y a derribar la monarquías del Golfo impulsó a estas en la dirección opuesta, sustituyendo las pautas antes relativamente arraigadas de la migración entre países árabes informalmente organizada por flujos masivos de mano de obra inmigrante del sur y el sudeste asiático. Este giro se aceleró con la Guerra del Golfo de 1991¹⁷, que alteró igualmente la organización del reclutamiento: si antes los flujos transfronterizos de mano de obra eran gestionados por las compañías petroleras e intermediarios privados, ahora los Estados desarrollaron sus propios órganos gestores, bajo la forma de un sistema de patrocinio denominado *Kefala*. Para entrar en un país del Golfo, los migrantes deben ser patrocinados por un patrono o empleador, cuyo nombre quedaba registrado en su visado como la única persona para la que puede trabajar legalmente, y que asume su responsabilidad legal y financiera. Los visados suelen ser válidos para dos años y ser renovables, mientras que la naturalización queda excluida. Los límites estrictos al empleo bajo el sistema *Kefala* han multiplicado empero el número de inmigrantes ilegales, ya que quien no trabaja para el empresario especificado en su visado se convierte *eo ipso* en un delincuente. Si ya a principios de la década de 1990 alrededor del 15 por 100 de la mano de obra en la región era «ilegal», hoy se estima que en los Emiratos Árabes Unidos un 30 por 100 de los trabajadores invitados llevan consigo documentos con el nombre de empresas ficticias, y que el 70 por 100 de los visados para Arabia Saudí se adquieren en el mercado negro¹⁸.

El sistema *Kefala* no solo ha fracasado pues en el robustecimiento de la migración rotatoria, sino que ha dejado a los migrantes particularmente vulnerables frente al abuso, ya que cualquier queja puede

¹⁷ Andrzej Kapiszewski, «Arab versus Asian Migrant Workers in the GCC Countries», UN Expert Group Meeting on International Migration and Development in the Arab Region, mayo de 2006.

¹⁸ M. Baldwin-Edwards, «Labour Immigration and Labour Markets in the GCC Countries», cit., pp. 40-41.

llevar al despido y a verse enviado de regreso a casa. La compleja red de intereses tejida en torno al reclutamiento de mano de obra ha transformado el exceso de demanda en un exceso de oferta, y las condiciones de trabajo han empeorado en la misma medida. Los gastos médicos, de transporte y pasaporte, cubiertos antes por el patrocinador, han sido transferidos a los agentes, que rápidamente los cargan a los trabajadores migrantes. Durante las décadas de 1980 y 1990 el aflujo masivo indujo una caída de los salarios y un aumento de las tasas de contratación y de la deuda contraída para cuyo pago los inmigrantes deben trabajar cada vez más tiempo; pero la rentabilidad para los patronos e intermediarios de un *statu quo* que combina ilegalidad y legalidad en proporciones variables es a menudo una fuerza mayor que el control gubernamental: de hecho no se producen deportaciones en masa. Entretanto el desempleo nativo está aumentando, particularmente entre los jóvenes, llegando las estimaciones hasta el 35 por 100 para Arabia Saudí. El sector público, conocido por su exceso de personal y su baja productividad, está saturado, pero el sistema de enseñanza sigue produciendo titulados nacionales destinados a esos puestos. Débiles esfuerzos de responder a las preocupaciones sociales sustituyendo los trabajadores extranjeros por nativos han tenido poco éxito, ya que la mayoría estos siguen aspirando a esos empleos confortables en un aparato administrativo cuyo parasitismo con respecto a los trabajadores invitados carece de precedentes conocidos.

5. *Marginal*

Para concluir, existe una importante región del mercado mundial donde se da una pauta diametralmente opuesta, habiendo permanecido hasta ahora los trabajadores invitados como una porción estructuralmente marginal de la mano de obra. En esa región, la rápida transición de la sociedad agraria a la industrial plenamente desarrollada ha ido seguida por las tasas de nacimiento más bajas del mundo, lo que planteaba un obvio reto demográfico: ¿cómo se puede mantener el dinamismo económico con una población cada vez más envejecida y una mano de obra cada vez más escasa? La lógica del capital apuntaría *per se* a la importación de mano de obra extranjera para compensar la escasez doméstica, pero Japón, Corea del Sur y Taiwán se han resistido hasta ahora, en una medida muy considerable, a esa presión. La elevada fertilidad y la migración masiva del campo a la ciudad ofreció mano de obra suficiente para reconstruir la economía después de la Segunda Guerra Mundial,

sobre todo en Japón, pero cuando los patronos japoneses propusieron a principios de la década de 1970 importar trabajadores extranjeros para mantener bajos los costes de producción, chocaron con una dura crítica de los sindicatos y de los medios de comunicación y fueron rápidamente silenciados por el gobierno, que optó por otras vías para promover el crecimiento: la mecanización, la producción en el extranjero, la incorporación al mundo del trabajo de jóvenes y mujeres y los incrementos salariales, todas ellas marcas distintivas de lo que más tarde se denominaría «Estado desarrollista». Su éxito reforzó un fuerte consenso en torno a la posibilidad de seguir creciendo sin abrir las puertas a trabajadores extranjeros¹⁹.

Pero a finales de la década de 1980 la expansión de la economía desbordó el *statu quo* y Japón, Corea del Sur y Taiwán vieron multiplicarse el número de trabajadores migrantes ilegales junto al de las demandas por parte de los patronos de extranjeros de bajo coste. Japón y Corea del Sur, temerosos de incurrir en las bien conocidas consecuencias no pretendidas de los trabajadores invitados *de iure*, instituyeron pequeñas versiones *de facto* bajo la forma de programas de «meritoriaje» y «formación» que permitieron importar entre 100.000 y 200.000 obreros procedentes de China y del sudeste asiático para trabajar durante tres años, por menos del salario mínimo, bajo la cobertura de la «transferencia de conocimientos». Los intermediarios pusieron en marcha el plan amparándose en la burocracia, con resultados generalmente explotadores. El programa japonés ha sido criticado por Estados Unidos y la ONU por poner en práctica trabajos forzados cercanos a la esclavitud²⁰, y en Corea tales abusos han suscitado críticas aún más duras. La denuncia por la sociedad civil de numerosas violaciones de derechos obligó al gobierno surcoreano a principios del nuevo milenio a adoptar un plan formal de trabajadores invitados, destinado a reducir el papel de los intermediarios y la multiplicación del número de trabajadores inmigrantes ilegales, que en aquel momento ya superaban a los incluidos en programas de capacitación. El nuevo programa permitió la entrada en el país por un máximo de cinco años a 270.000 trabajadores invitados, en empleos previstos de antemano. La expansión se ve por

¹⁹ Kajita Takamichi, «Nihon no Gaikokujin Rodosha Seisaku», en Kajita Takamichi y Miyajima Takashi (eds.), *Kokusaiikasuru Nihonshakai*, Tokio, 2002, pp. 15-44; David Chiavacci, *Japans neue Immigrationspolitik: Ostasiatisches Umfeld, ideelle Diversität und institutionelle Fragmentierung*, Wiesbaden, 2011.

²⁰ Véase, por ejemplo, Jorge Bustamante, «Report of the Special Rapporteur on the Human Rights of Migrants», United Nations Human Rights Council, Seventeenth Session, 2011, p. 10.

otra parte obstaculizada por la existencia de planes paralelos de empleo para connacionales en ambos países –típicamente, brasileños con raíces japonesas y chino-coreanos– que ocupan puestos semiespecializados y cuyo número es aproximadamente igual al de los trabajadores invitados, aunque no tengan los mismos derechos. A diferencia de otros extranjeros, tienen mayor libertad en el mercado laboral y pueden renovar sus visados indefinidamente o solicitar el permiso de residencia permanente; pero es una gota en el océano de un país como Corea con una mano de obra total de 25 millones de trabajadores, por no hablar de Japón, donde esa cifra alcanza los 65 millones.

Taiwán puso en marcha un plan formal de trabajadores invitados mucho antes, en la década de 1990, para canalizar a los trabajadores extranjeros hacia empleos en la industria y la construcción. Ese programa pretendía ser una medida temporal hasta que la tecnología pudiera sustituir a la mano de obra en esos campos, pero pronto se amplió a otros sectores, habiendo sido el de los cuidados asistenciales el que ha crecido más rápidamente. Se vigila de cerca el mercado laboral nacional al gestionar el programa, que actualmente cuenta con unos 475.000 participantes. El gobierno asigna un número limitado de cuotas a patronos de los sectores que se juzgan necesitados de mano de obra extranjera; la competencia por ellas es feroz, como también lo es entre las agencias de intermediarios con licencia, que gestionan la adecuación de los trabajadores a los empleos ofertados. La amenaza de perder una posibilidad muy deseada de contratar extranjeros, y el depósito sustancial pagado al gobierno por cada inmigrante –que no se devuelve hasta que la compañía aérea ha verificado que está de regreso a su país de origen– mantiene a los patronos en guardia contra los «prófugos», manteniendo bajo el número de trabajadores irregulares, que se estima en sólo 20.000²¹. Pero si bien se ha podido evitar el problema de una creciente población ilegal, no se ha resuelto el de la deseada rotación. Esos «trabajadores temporales para empleos permanentes» han visto cómo se ampliaba repetidamente la duración de su estancia, y actualmente se mantienen discusiones sobre el posible aumento del límite de nueve años a doce.

En resumen, pese a la larga esperanza de vida y la disminución de la tasa de nacimientos (Taiwán y Corea suelen competir por el último lugar en

²¹ Yen-fen Tseng y Hong-zen Wang, «Governing Migrant Workers at a Distance: Managing the Temporary Status of Guestworkers in Taiwan», *International Migration*, vol. 51, núm. 4, 2011, pp. 1-19.

la lista mundial), la contribución de los trabajadores invitados a la fuerza de trabajo total es mínima –4 por 100 o menos– en todos esos países. Aunque se alienta cada vez más la inmigración con vistas al matrimonio, ninguno de ellos fomenta el asentamiento de trabajadores de baja especialización o su transformación en consumidores. La externalización de puestos de trabajo industriales a lugares de bajos salarios en China o en el sudeste asiático, capítulo en el que llevaron históricamente la iniciativa las compañías japonesas, ha sido una respuesta a la oferta cada vez menor de mano de obra en el país. La robotización, en la que también ha sido Japón la vanguardia mundial, es otra; pero ni la construcción ni los servicios se prestan fácilmente a tales soluciones. La renuencia de los países de Asia oriental a instituir programas de trabajadores invitados de cualquier tamaño sugiere un límite al análisis estructural que ya señalé antes.

Determinantes sociales

¿Cuál es ese límite? La dinámica de las relaciones entre patronos, Estados, migrantes y sus intermediarios puede ilustrar muchos de los resultados, deseados y no deseados, de los programas de trabajadores invitados en todo el mundo. Pero la amplia gama de variaciones en su peso relativo se explica en relación con lo que falta en ese trío, en concreto las estructuras sociales en las que han surgido. Esto es lo que subraya la anomalía de Asia oriental, cuya lección es que no sólo se precisa una tipología de los programas de trabajadores invitados, sino también una taxonomía de las formas de organización social en las que se han configurado. En correspondencia con los programas que hemos ido clasificando como medular, exiguo, regional complementario, nacional complementario, sustancial mayoritario y marginal, están los marcos históricos que cabe denominar colonial excéntrico, de asentamiento, autóctono, rentista y aislado. La Sudáfrica colonial cuyo centro económico se situaba en Ámsterdam y Nueva York, la Norteamérica de los colonos europeos, o el Golfo Pérsico de las monarquías rentistas, aparecen como órdenes fundamentalmente diferentes, relativamente autodescriptivos; ¿pero qué pasa con los otros dos tipos? El que llamo «autóctono» se refiere, como en el caso de la Europa en reconstrucción de la posguerra, a regiones habitadas y densamente pobladas desde hace mucho tiempo, al menos en su mayor parte, y el «aislado» a las que, además, mantienen interacciones significativamente más limitadas con sus vecinos; ésa es la diferencia, esencialmente, entre Europa occidental y Asia oriental.

Es en el contexto de esas diversas formas de organización social donde se determinan el papel y el carácter de los programas de trabajadores invitados, cuando los Estados respectivos de cada zona arbitran las contradicciones entre los requerimientos de la acumulación de capital y la legitimidad nacional. La Sudáfrica colonial, una sociedad racista basada en la violencia institucional, pudo desarrollar el núcleo de su creación de riqueza mediante el sistema más despiadado e intransigente de distribución de la mano de obra, dejando como herencia el actual orden poscolonial, terriblemente desigual. La Norteamérica de los colonos, reforzada por la mano de obra esclava y poblada por sucesivas oleadas de inmigrantes, sólo requería de los culis asiáticos y luego de los braceros hispanos como suplemento regional. Europa occidental, allí donde el Estado disponía de una reserva colonial, podía prescindir de complementos formales para su fuerza de trabajo, pero donde no disponía de esas reservas, como en Alemania y otros países, hubo que recurrir a grandes hornadas de trabajadores invitados, a los que sólo se concedía a regañadientes mayores derechos cuando resultaba imposible ignorar los hechos demográficos sobre el terreno. A la inversa, las monarquías despóticas del Golfo, que disponen de vastas riquezas en petróleo y que temen la inmigración regional como una amenaza para su supervivencia política, han recurrido en mucha mayor medida a trabajadores invitados de países lejanos como la vía más segura para construir economías modernas y preservar su poder mediante la distribución de rentas a sus clientelas nacionales. Por último, en Asia oriental, donde la Guerra Fría aseguró durante un tiempo el mantenimiento del aislamiento histórico, la resistencia frente a los trabajadores extranjeros de cualquier tipo ha sido mucho mayor que en Europa. Allí, los Estados desarrollistas han seguido recurriendo sobre todo a las reservas locales de mano de obra para los empleos menos deseables.

Considerando la historia general de los programas de trabajadores invitados, desde el Witwatersrand hasta el Valle Central de California y desde Abu Dabi hasta Baviera, ¿se pueden discernir algunas tendencias evolutivas genéricas? Sobresalen dos, al menos. La primera es la trayectoria seguida por las economías en las que han aparecido. Comienzan en la agricultura, donde la importación de trabajadores migrantes temporales es ideal para los ritmos de trabajo estacionales, y en la minería, donde el trabajo subterráneo propicia entornos de trabajo cerrados, bajo la forma de recintos segregados. Ya antes de que el Estado creara programas de trabajadores invitados propiamente dichos, éstos fueron los dos

nichos clave del trabajo migrante en el Segundo Reich y constituyeron la base del primer plan importante en las minas del Rand en Sudáfrica y en las haciendas de California y Texas. En una segunda fase, su centro de gravedad se desplazó a la industria, principalmente en las fábricas del *Wirtschaftswunder* [milagro económico] en Alemania. En la tercera fase pasó a aplicarse principalmente en los servicios y la construcción, sobre todo en el Golfo Pérsico. Así, la pauta de su localización ha seguido la vía global del desarrollo capitalista, en términos de acuerdo con la concepción de Colin Clark y Jean Fourastié, pasando del sector primario al secundario y de éste al terciario. Por supuesto, ese desplazamiento nunca ha sido uniforme. Hoy día los microplanes de trabajadores invitados en Europa y Norteamérica –típicamente cuotas específicas por sectores, bifurcadas en las tecnologías de gama alta y los servicios baratos– incluyen también el suministro de jornaleros para el trabajo estacional en la agricultura; sin embargo, parece evidente una transición general en la escala sectorial.

Un segundo tipo de transformación que podemos detectar en esos planes y que sigue siendo algo intrínseco en todos ellos, es la tendencia universal de los programas destinados a emplear en principio a trabajadores extranjeros durante un período, para luego prescindir de ellos antes de que puedan echar raíces en el suelo nacional, para acabar creando lo que se pretende evitar: comunidades permanentes de inmigrantes. Por las razones que hemos visto, los programas de trabajadores invitados dejan siempre filtrarse y rebosar un excedente, a medida que llegan familiares, que los tribunales se ablandan, que los intermediarios prosperan y que los burócratas se debilitan. Ésa es su contradicción básica, la que ha hecho cada vez más difícil controlarlos. Sus efectos son evidentes también en lo que, sin ser un programa de trabajadores invitados, muestra ciertas semejanzas con ellos: el número de trabajadores migrantes del campo a las ciudades en la China actual –unos 250 millones– es mayor que el de todos los migrantes internacionales, de cualquier tipo, juntos. Esos trabajadores no cruzan fronteras desde el extranjero y no están sometidos a un regreso obligatorio, pero el sistema *hukou* de registro residencial, que les veda la residencia legal en los centros urbanos donde trabajan, sugiere más de una analogía con los planes de trabajadores invitados. Creado por el Estado, sirve para ofrecer trabajadores a las empresas al mismo tiempo que establece una separación jurídica entre los que gozan de ciertos derechos relevantes y los que no, evitando a los patronos la necesidad de ocuparse de empleados permanentes que

podrían organizarse y plantear reivindicaciones, y a los gobiernos locales la carga de concederles los beneficios sociales a los que tienen derecho los residentes urbanos. Pero al igual que los programas de trabajadores invitados, el sistema *hukou* está mostrando también grietas a medida que las asociaciones de derechos civiles plantean críticas y que surgen dificultades ideológicas para controlar esa división en el cuerpo de la ciudadanía. Por eso tampoco puede evitar la residencia ilegal a largo plazo, cuando los trabajadores destinados a permanecer durante un tiempo limitado lo hacen indefinidamente, y las familias sin permiso se acumulan en los márgenes de las ciudades. Weber no se sorprendería. En definitiva, ése parece ser el destino de cualquier importante dispositivo para la oferta de trabajo temporal, captado quizá más sucintamente en el refrán francés de que «*Il n'y a que le provisoire qui dure*» [sólo dura lo provisional].